



Capítulo 503 - Mamá se encarga de ello

La criatura no cayó.

Incluso después de que la espada de sangre perforara su articulación, incluso con las cadenas carmesí ardiendo en su interior, la monstruosa tortuga se levantó. Lentamente, como si desafiara las leyes mismas del dolor. Sus patas se estrellaron contra el suelo, rompiendo el desierto en cráteres. Las espigas de cristal negro se expandieron en todas direcciones, pulsando como nervios expuestos.

Ada se estremeció. Su pecho se agitaba y su respiración era un ciclo de dolor. Cada respiración parecía como si las navajas le estuvieran desgarrando los pulmones. Pero aún así, sus ojos dorados ardían de desafío.



Con un gemido ronco, obligó a su cuerpo a moverse. La sangre corría por sus alas desgarradas, su abdomen, sus piernas. La espada permaneció agarrada en su mano, una extensión viva de su odio.

—Todavía estoy aquí... —susurró, con voz más para sí misma que para el monstruo.

El rugido de la criatura respondió, profundo y vibrante. Era como si el propio desierto hubiera ganado voz, clamando por su muerte.

El suelo tembló con el avance de la bestia. Con cada paso, un trueno. Con cada impacto, el aire se divide en ondas invisibles.



Ada levantó su espada manchada de sangre. Sus dedos temblaron tanto que la hoja vaciló, pero no cayó.

La tortuga golpeó primero: una de sus enormes patas cayó sobre ella como una pared. Ada blandió su espada y la detuvo. El impacto le hizo crujir los huesos. El impacto atravesó su cuerpo y fue arrojada al suelo, rodando en el polvo.

Antes de que pudiera levantarse, una lluvia de espinas se lanzó hacia ella. Ada levantó su espada, girándola en círculos, creando una barrera de sangre solidificada. El sonido era ensordecedor: cada espina que golpeaba explotaba en fragmentos negros, cortándole la piel en decenas de lugares.

Ella rugió, más de dolor que de ira.

El tercer ataque se produjo sin pausa. La boca de la criatura se abrió, revelando una oscuridad pulsante, un abismo viviente que succionaba el aire. De él brotaban corrientes de energía demoníaca, como si la garganta fuera la puerta de entrada a un infierno privado.



Ada saltó a un lado, pero una de las lanzas de cristal la golpeó en el hombro, perforándole la carne y los músculos. El grito que se le escapó de la garganta fue salvaje y gutural. La espada casi se le cae de la mano.

Aun así, ella tomó represalias. La espada brillaba con energía pulsante y ella se abalanzó hacia adelante, cortando en diagonal la pata de la criatura. El golpe partió la carne, pero fue superficial, casi inútil. La bestia rugió, más enojada que herida.

Ada cayó de rodillas. Sus alas temblaban, inútiles. Su cuerpo ya no respondía como debería. La espada pesaba como plomo en su mano.



—No... no puedo...

El pensamiento la golpeó como veneno. El orgullo demoníaco le gritaba que continuara, pero la realidad aplastó su mente. Con cada segundo, estaba más cerca de la muerte.

La criatura se abalanzó una vez más. Ada levantó su espada, bloqueando el golpe, pero la hoja explotó en fragmentos carmesí, cortándose las manos. Ella cayó hacia atrás, jadeando.

Sus ojos dorados se fijaron en la bestia. Su visión vaciló. Los bordes del mundo se desdibujaron.

"No ganaré... si persisto..." Moriré aquí."

La desesperación se apoderó de su pecho. La amarga aceptación golpeó como hierro frío. Escapar era su única oportunidad.



Reuniendo lo último de su energía, Ada cerró los ojos y concentró su sangre en su espada. El carmesí pulsó, se hinchó y luego explotó en una nube carmesí.

El humo llenó el desierto como un velo viviente, cubriéndolo todo. Las sombras bailaban bajo la luna.

Ada se aprovechó. Sus alas, incluso desgarradas, golpeaban con fuerza, elevándola a un vuelo desesperado. Su cuerpo no era más que dolor, pero ella corría por el aire, cada latido era un tormento, cada movimiento un grito de ayuda.

Ella no miró atrás. Ella no pudo. Lo único que importaba era escapar, escapar.

Pero el monstruo no era estúpido.

Se escuchó un rugido y luego vino el destello.

La boca de la criatura se abrió en una fisura de pura energía demoníaca. Desde allí brotó un rayo negro, grueso como una pared, que atravesaba el cielo y el velo de humo como si no fuera nada.

Ada se dio cuenta demasiado tarde.

El destello se acercaba a una velocidad absurda. El calor de la energía ya le quemaba la piel. Sus ojos se abrieron y por un instante sintió la inevitabilidad de la muerte.

"Este es el final..."

El rayo explotó hacia ella.

Pero no la golpeó.

En el último instante, veinte espadas aparecieron de la nada. Forjados de energía demoníaca, se alinearon como escudos, creando una pared brillante. El impacto fue brutal. Un rayo cayó sobre las espadas y la explosión resultante iluminó el desierto como si el sol hubiera salido por un segundo.

Ada fue arrojada hacia atrás por la onda expansiva, pero no sintió el dolor de la muerte. Parpadeó, confundida, respirando con dificultad, y entonces sucedió.





Brazos envueltos alrededor de ella.

Firme. Cálido. Protector.

Su cuerpo, roto y exhausto, fue tirado contra un pecho suave y acogedor. El contraste la desconcertó. La calidez... el aroma familiar... la seguridad que no había sentido en tanto tiempo.

Ada levantó la cara y, para su sorpresa, la apoyó directamente contra los pechos llenos de la mujer que la sostenía. Por un instante, el guerrero demoníaco no existió. Sólo su hija perdida permaneció, frágil, retenida.

"Mamá está aquí..." la voz sonaba firme, dulce y cautivadora. "No te preocupes."

Rafaelina.

Su madre.

Ada se quedó paralizada, con los ojos muy abiertos. El shock fue tan intenso que por un momento olvidó el dolor, olvidó al monstruo, se olvidó incluso de sí misma. Su corazón, que antes latía desesperado, ahora latía de confusión y de un alivio tan profundo que dolía.

Las espadas todavía flotaban en el aire, protegiéndolos a ambos del siguiente ataque. La tortuga rugió furiosa, pero la presencia de Rafael eclipsó incluso la sombra de la criatura.

El cuerpo de Ada cedió. Por primera vez desde que comenzó la pelea, permitió que alguien la abrazara. Le ardían lágrimas en las comisuras de los ojos, pero





no sabía si era por el dolor físico, el alivio... o simplemente porque, en medio del infierno, su madre había regresado.

Rafaelina la abrazó más fuerte contra su pecho, acariciando su cabello manchado de sangre.

"Descansa, Ada. Mamá se encargará del resto."

Y, envuelta en ese abrazo, la muchacha que nunca se dejó debilitar... finalmente cedió.

